

El Progreso Técnico y el Progreso Social

Por Otto KÜHNE, de la Universidad de Berlín. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

EL punto de partida y, al mismo tiempo, el fin de toda técnica son las necesidades y las conveniencias; en pocas palabras, las distintas necesidades del hombre, de cuya satisfacción depende la configuración de la vida humana. Hay que forzar las necesidades de la vida o meras conveniencias de la naturaleza con los medios más oportunos. Así, el hombre las comprende como las condiciones absolutas —naturales o espirituales— de toda su existencia, de cuya mejor satisfacción debe ocuparse continuamente. Esas condiciones naturales y espirituales de la vida, de las cuales depende el hombre, por una parte forman su propio “yo”, por otra parte el mundo circundante variado en el que se halla alojado este “yo”. Sin embargo, esta dependencia no constituye ninguna dependencia unilateral del “yo humano” de este mundo natural o espiritual, como en los seres inferiores, sino una polaridad mutua. La misma permite, sobre todo al hombre, que él mismo imponga a las fuerzas naturales que le rodean ciertas condiciones de reacción y maneras de proceder por las cuales puede conseguir, de forma más ventajosa posible, por medio de ciertas transformaciones del ambiente natural, lo que puede satisfacer las necesidades humanas. Pues bien, los actos que realizan tales transformaciones del mundo circundante son llamados *técnica*. Ellos se pueden emplear de forma más o menos económica, con respecto a las proporciones de gasto y éxito. Tales medios técnicos son descubiertos o inventados por el hombre para que con ellos pueda satisfacer mejor, y especialmente más rápida y más duraderamente, por ahorro de tiempo y medios, las respectivas necesidades (por ejemplo, ropa, alimentos, etc.). En esa relación de intercambio entre las energías del “yo”

y del mundo circundante por interposición de la técnica, se anticipa una parte de las reacciones futuras a los sentimientos, necesidades, etcétera; pero no se las hace superfluas. Las anteriores necesidades, conveniencias y temores de la vida en sí siguen existiendo —aunque más latentes o menos conscientes—, lo que se demuestra de una manera particularmente clara cuando las técnicas empleadas por casualidad fracasan alguna vez en su eficacia (por ejemplo, por intervención de fuerzas superiores o por perturbaciones imprevistas u otras cosas parecidas). Así, por aplicación de nuevas técnicas, las necesidades anteriores del hombre no desaparecen y se eliminan, es decir, no se *anulan* como problemas vitales en sí, sino que solamente su satisfacción se adelanta temporalmente, se concentra y aumenta en efecto y cualidad (por ejemplo, por empleo de instrumentos, máquinas, aparatos, etc.). Con eso toda la técnica se convierte en un rendimiento de mejor cualidad y a menudo más uniforme de varios medios y actos de satisfacción que, en el caso contrario, surgen uno después del otro y se acumulan cuantitativamente. Aquí la acción y reacción del “yo” y el mundo circundante se suceden en disposición conveniente a mutua selección y adaptación, condicionada por la naturaleza y por el espíritu.

Todo el arte, también el técnico, procura siempre, como corresponde a su esencia y como vimos, intermediar entre las respectivas polaridades vitales en que se enfrentan el “yo” y el mundo circundante. Esta intermediación sirve especialmente para las respectivas necesidades, por una parte, y para su satisfacción, por otra. Sin embargo, hoy no se busca satisfacer las necesidades *iguales* con medios *iguales* (primer esquema), pues eso eventualmente podría llevar al colectivismo. Pero tampoco hoy no se puede tratar de la satisfacción de necesidades *concretas* especiales con medios *concretos* (por más técnicamente especializados que sean) (segundo esquema), de los que solamente se aprovecharían ciertas partes y clases de la población. Ni menos aún se puede tratar solamente de la satisfacción de *cualesquiera* necesidades, vagas e indeterminadas, completamente imprevisibles, por *cualquier* medio (tercer esquema), lo que evidentemente podría conducir a un anarquismo extremo y a la destrucción de todo orden social. Al contrario, toda actitud social auténtica y realista debe pensar la satisfacción mejor posible de efectivas situaciones de necesidades *comunes*, por medios efectivos de posición y actitud que se pueden procurar *en común*. Por eso aquí no es tan importante el pensar y el obrar social que se puede probar *científicamente* como “verdadero”, sino el pensar y el obrar

social “justo” y que sólo por ello es un obrar y un pensar auténticamente vital. Solamente las condiciones comunes del yo y el mundo circundante hacen posibles los principios y reglas comunes para un “justo” comportamiento del yo y el mundo circundante. Pero no solamente se trata de la dominación de situaciones y actitudes urgentes y abrumadoras, sino también de situaciones libres de preocupación y de pura complacencia (por ejemplo, de la técnica especial de hacerse la vida, en ciertas circunstancias, tan agradable como sea posible, por ejemplo, observando ciertas reglas y prácticas; además de las técnicas de poder conservarse sano, de progresar en la profesión o de la técnica de hacerse una vida feliz, etc.).

De todas formas, la técnica resulta no solamente de la aspiración a satisfacer las necesidades vitales que se sienten, sino también a realizar cosas superfluas que solamente sirven para el placer y el bienestar general. Y cuanta más importancia adquiera lo no necesario, es decir, lo superfluo, en la satisfacción de las necesidades, tanto más el “arte” que así surge de lo conveniente, de cualquier belleza, es decir, el arte oportunista en general, que solamente improvisa “irracionalmente” y busca imponerse mediante puras afirmaciones, desplaza a la austera necesidad de lo lógico ligado con la razón y el sistema natural o ideal. Sin embargo, en todo esto, el bienestar eudemonista a que se aspira no es decisivo, también hay que obtenerlo con medios “justos”. No se trata de una confusa aspiración a la felicidad por cualquier precio —que tal vez solamente obtendría lo contrario, la autodestrucción—, sino del *verdadero* arte de vivir, que siempre procura acertar lo “justo” en la movilización dudosa de las condiciones vitales apropiadas (es decir, la fijación de medios y fines). El hombre que desea vivir, no solamente quiere “existir”, es decir, satisfacer sus necesidades más urgentes (como, por ejemplo, alimentarse y vestirse suficientemente), lo que más bien significa un vegetar animal, sino que quiere vivir “justamente” para sentirse lo mejor posible. Por otra parte, sería exagerado pensar que tal bienestar del hombre sólo pudiera garantizarse por suficientes reservas de lo superfluo, de manera que lo superfluo prácticamente tendría el carácter de lo necesario. Pues la vida de cada uno de nosotros oscila entre los dos polos del mínimo biológico de la existencia y del óptimo eudemonista de la vida. En eso existe una transición paulatina de lo necesario a lo superfluo y al contrario. No se puede descuidar impunemente lo uno sin lo otro, si se quiere vivir “justamente”. Especialmente el aumento inmenso, favorecido por la técnica, de los estímulos variados de producción y consumo y de las numerosas posibilidades

de satisfacerlos, hace cada vez más difícil el *arte* de seleccionar lo “justo” entre el cúmulo de lo “superfluo”.

Pero lo que se puede considerar como necesario o superfluo depende completamente de las respectivas circunstancias en que se encuentra el hombre. Si estas circunstancias son impuestas por la fuerza, un polo puede acercarse tanto al otro que, prácticamente, los dos conceptos corresponden en realidad. En tales situaciones de presión inevitable, el concepto y la idea de la posibilidad de seleccionar libremente respecto a sentir y satisfacer las necesidades, se pierde más y más. Entonces uno ya no vive para poderse permitir también cosas superfluas, sino se contenta con conseguir y asegurarse lo más necesario. Algunos artistas eminentes de la vida han mostrado esto una y otra vez con su forma efectiva de vivir. Eso, especialmente en el tiempo de la guerra y después de la guerra, llevó a tomar como criterio y pauta de todo bienestar logrado y por eso “justo”, no solamente aquella aspiración al éxito que, de caso en caso, forma la relación “óptima” entre yo y mundo circundante, sino se incluye en este querer conformador “justo” y en esta busca de éxito también el momento, especialmente temporal, de amplia garantía de seguridad.

Uno no quiere solamente vivir tan bien como sea posible al día, sino también se desea tener para siempre seguridad contra sorpresas desagradables. Especialmente el desaparecer de la confianza entre hombre y hombre y hasta entre nación y nación, que se puede observar en los últimos tiempos, condujo a esa manía de seguridad, cada vez más intensa, que a veces casi raya en un temor ante la vida. La consigna más seguida hoy no es ya la vida “peligrosa”, sino la vida más “segura”. Este no es el sitio ni el momento adecuado para ocuparse con más detalle de las distintas circunstancias, especialmente políticas, que han motivado esta modificación decisiva en las concepciones vitales de la mayoría de los contemporáneos. Pero, en primer lugar, hay que atribuir la responsabilidad de esa reacción natural y comprensible de mucha gente a los acontecimientos terribles de la guerra y de la postguerra, con sus continuas destrucciones causadas por las bombas y a las expulsiones de toda la población civil de sus hogares. De todas maneras, esa continua busca de seguridad que a veces, también en la política, llega al fanatismo, forma parte integrante de la actitud vital que hoy predomina en todas las partes y clases de la población; y por consecuencia debemos tenerla en cuenta, en el análisis científico de esta actitud y sus varias consecuencias, como un hecho importante.

Naturalmente no hay que considerar solamente las meras situaciones coactivas o concepciones sujetas a presión, sino también las extremas situaciones diametralmente opuestas, donde la aspiración absoluta a la libertad no depende de ninguna traba social, económica o de otro carácter. En éstas, toda el ansia de vivir sin estorbo procurará desarrollarse y entregarse a todos los placeres a su alcance impulsivamente, sin preocupación; y los polos de lo necesario y de lo superfluo no se acercan menos que en los casos arriba descritos de situaciones de extremo determinismo. Solamente hay la diferencia decisiva que ahora lo en sí superfluo ya no se siente como superfluo, sino como necesario para la vida y se lo valora y desea correspondientemente. No obstante, no debemos prestar la misma atención a esta correlación puramente teórica, porque en la realidad práctica se la encontrará mucho más raramente. Estamos viviendo, en efecto, en un mundo que no es imaginable sin suficientes limitaciones sociales y morales. Además, como ya he acentuado, toda voluntad de vivir, por más libre que sea, y todo impulso codicioso de existir, es reprimido notablemente por el temor ante la vida y por el problema de la existencia, que penetran por todos los lados. No hay por qué ocultar, sin embargo, que en muchos países ciertos círculos inconstantes de la sociedad creen que pueden seguir ejecutando ante los ojos de todos la perpetua danza alrededor del buey de oro, tranquilamente, como en espera del fin del mundo, en apática resignación frente a los acontecimientos futuros. Lo peor es que tampoco la juventud se ve libre de tales tentaciones, porque es muy fácil llevarla a tales diversiones frívolas, al parecer, porque hoy día no tiene nada en que apoyarse y entretenerse. De esa exaltada actitud dialéctica ante el mundo circundante nuestro y el mundo circundante en sí, que cree poder justificar toda clase de gozo de vivir solamente por ese temor ante la vida que se debe calmar a cualquier precio, resulta que el continuo intercambio polar entre libertad y orden de la vida, normalmente natural, sano e incluso indispensable, adopta formas cada vez más anormales y hasta deja reconocer perturbaciones trágicas del equilibrio (como se ve, por ejemplo, en el aumento de los suicidios).

El progreso moderno *técnico* también ha contribuido considerablemente al aumento de inseguridad de la vida actual, aunque primeramente parezca paradójico. Pues toda la técnica solamente puede servir a una formación "justa" de la vida si con el tiempo y el trabajo que evita ayuda a conseguir y asegurar más fácilmente el bienestar mejor deseable. Pero aquí lo necesario se gana más por adaptación del "yo" a la presión del ambiente y, al contrario, lo superfluo se obtiene más

por el ceder del ambiente a las exigencias del "yo". Pero en ambos casos, el bienestar del individuo siempre debe ser garantizado suficientemente. Lo que se considera como bienestar depende completamente del ideal y de la actitud ante la vida de cada persona. Un asceta o monje, por ejemplo, o un faquir indú o un kulí chino, tendrá al respecto otro concepto que un calavera de París. En otras palabras, la norma del bienestar mejor posible en cuestión es distinta en cada *tipo* de vida. En relación a esto, el papel de la técnica se ha transformado considerablemente en el transcurso del tiempo, al igual que sus funciones de mejorar la vida, especialmente el ahorro de tiempo y trabajo. Pues con las concepciones y costumbres de vivir también cambiaron la forma y extensión del empleo de los medios técnicos. Así, los progresos técnicos obtenidos con mucho trabajo, a menudo se abandonaron o se perdieron completamente. Más aún, en ocasiones la humanidad se atrevió a boicotear a los inventores técnicos o hasta a castigarlos por sus descubrimientos cuando así lo exigían la opinión y el orden público. De este modo los beneficios eran considerados como plagas, porque se empezaba a temer la dimensión imprevista de los descubrimientos modernos.

Un "progreso" técnico solamente podría beneficiar a la larga a la humanidad si existiera un "progresar" real a través del tiempo, hacia un fin real o ideal fijo y reconocido por todos. Pero un tal fin no existe, porque, como ya lo dije, los respectivos fines de la vida humana suelen transformarse juntos con los ideales de la vida, en el transcurso de la historia. La técnica de los aztecas, incas o egipcios era completamente distinta de la técnica de los romanos, justamente porque las circunstancias sociales, políticas, económicas, religiosas, etc., de la vida aquí eran distintas que allí. De eso otra vez resulta que la conformación justa de la relación *social* entre yo y mundo circundante tiene importancia decisiva para el surgir y la aceptación de invenciones técnicas. Aquella conformación, por su parte, no pertenece solamente a una determinada profesión, a un entendimiento científico o a una determinada concepción de la vida y del mundo, sino es cosa exclusiva de un *arte* de vivir *auténtico* y amplio. Principalmente, hay que destruir la creencia que nuestra técnica actual sea más duradera que todas las técnicas anteriores porque se basa en conocimientos estrictamente científicos. Cuanto más exactas, es decir, concretas y precisamente delimitadas sean las bases y suposiciones de construcción y desarrollo de nuestra técnica actual, tanto más dependen de apoyos artificiales, porque pertenecen más a la civilización que a la naturaleza. Y por ello constituyen más un

factor de inseguridad y debilidad en vez de serlo de la seguridad y fuerza aspiradas.

Eso no solamente lo demuestran inequívocamente los últimos desarrollos de la técnica de paz y guerra europea y norteamericana en contraposición a aquella de otras naciones no europeas (Rusia, Asia, Indonesia, Africa y también Iberoamérica), sino también lo muestran las comparaciones de técnicas arcaicas de la Antigüedad y de la Prehistoria. En todas las naciones, en todas las épocas, los actos técnicos duran solamente mientras puedan cumplir un fin real dentro del respectivo ideal eudemonista de bienestar óptimo. Si los inventos no correspondían a la concepción o a los fines de la vida, entonces vigentes en las clases elevadas dominantes, fueron repudiadas, rechazadas, ignoradas y hasta se torturó y martirizó a sus autores. En la medida en que uno de esos sistemas de función técnica no iba unido orgánicamente a la naturaleza y al cuerpo social del pueblo, es decir, en la medida en que era artificialmente impuesto, los sucesos técnicos que acontecían en él tenían menos perspectivas de duración y desarrollo. Y esas técnicas de mera casualidad e inspiración o importadas, que el público más adoraba que comprendía y empleaba según su sentido, no podían despertar ni satisfacer una auténtica necesidad vital o de seguridad.

Los inventos o descubrimientos técnicos y en general los científicos pueden llevar a un abuso que no es digno de la humanidad. Lo prueban las frecuentes conversaciones íntimas que últimamente se toman al magnetofón, por micrófonos ocultos, sin conocimiento de los participantes, en lugares como lavabos, *waters*, tocadores, etc., donde las respectivas personas no se sienten observadas y creen poder desahogarse. Tales pérfidos maravillosos aparatos técnicos (que últimamente incluso pueden atarse discretamente en la muñeca o en otra parte del cuerpo, por ser miniaturas) muchas veces se vuelven terribles instrumentos de martirio que destruyen confianza, amistad y hasta la vida, pues individuos sin carácter los utilizan abusiva y desvergonzadamente como pruebas de pensamientos, opiniones y actitudes francamente expresadas. Un tal aparato magnetofónico, como conquista técnica en sí, no es ni bueno ni malo. Solamente nosotros podemos con él alegrar o destruir a los hombres. Por una parte, por su carácter inmediato y sensiblemente impresionable, puede suministrar a la investigación impresiones e indicaciones valiosas para la caracterización objetiva de situaciones decisivas de posición y actitud. Pero por otro lado, aparte del inaudito abuso de confianza que se comete con ese empleo pérfido, ya mencionado, una conversación no solamente se puede reproducir como era

verdaderamente, sino se puede alterar en algo, si así se lo desea. Así se pueden cortar las cintas, se pueden sacar trozos, cambiarlos y luego volver a unir todo y hacerlo oír. Y la voz de la persona que antes habló en esas cintas ahora va a decir cosas que en realidad nunca habían sido opinadas como aparecen ahora. Tal “progreso técnico” difundirá luego como “verdad” lo que siempre será mentira. ¿Pero quién va a juzgarlo correctamente, y sobre todo ante, *post festum*, antes que la indignada opinión pública “juzgue” tales descarrilamientos humanos y daños que, en muchos casos, no se pueden remediar? Aquí evidentemente la doctrina del arte de vivir social es competente, recordando siempre con el dedo acusador que en todas las situaciones y relaciones de la vida, por perfectas que sean *técnicamente*, nunca se puede impunemente desestimar o difamar lo “*común humano*”. Pues nunca debemos dejarnos ahogar interiormente por nuestro ambiente y nivel técnico de vida, por más deslumbrante que parezca; es decir, no debemos dejarnos privar de nuestra *libertad* y *seguridad* personal, y con ello también social, porque ellas constituyen desde siempre la mejor garantía de la elevada expresión de la humanidad.

La creciente tecnocracia de todo nuestro desarrollo cultural, que ya ha levantado tantas voces amonestadoras, ha sufrido últimamente una agravación peligrosa con el aumento de la explotación de la energía atómica para fines de defensa y seguridad militar, presuntamente necesarios. Ahora casi parece que el hombre no podrá librarse muy fácilmente del espíritu que él mismo creó. Aquí se abre un sector de tareas especialmente fértil y de buenas perspectivas de éxito para nuestro arte del vivir social, tanto en el plano personal, como en el objetivo, mediante explicaciones positivas que apelan a lo “predominantemente *humano*” de la conciencia comunitaria de todas las naciones de cultura y por advertencias intensivas a la conciencia humana del mundo. Pues el arte de vivir vale más que el arte de la guerra. Los métodos y medios estratégicos y tácticos que se emplean en ambos artes, en parte, son los mismos; pero en *un* punto difieren básicamente: en lo que se refiere al empleo “justo” de la vida humana para conseguir los fines propuestos. Para todo arte de vivir, que siempre está orientado hacia lo preponderantemente *humano*, el hombre y menos aún una nación, nunca puede ser degradado a la categoría de un juguete o instrumento o solamente en un número de posición y fuerza sin voluntad, en un plan estratégico fríamente calculado. Cada arma, aunque sea fabricada y alabada como justificado y perfecto medio de defensa y escarmiento, produce, según una regla conocida de reacción, en la parte opuesta

un contra-rearme correspondiente y muchas veces todavía “*más perfecto*”; un juego triste de intercambio que, teóricamente, puede continuarse “ad infinitum”, pero no prácticamente, como lo probaron las desgraciadas experiencias del pasado en todas las competencias de armamento. Un mero equilibrio por temor, entre las grandes potencias enfrentadas, no ofrece ninguna garantía suficiente de paz, pues tales decisiones necesarias de la situación y actitud *fronterizas* se deben tomar inevitablemente si se presentan como “última” bomba de hidrógeno o “última” bomba de cobalto o de nitrógeno y como medios más “altos” de libertad o esclavitud. La cuestión es solamente si y donde las decisiones pueden tomarse antes de que caigan las bombas. Las dos solamente pueden quedar “bajo el control” de la humanidad, mientras ésta tenga aún el control de su propia cualidad y dignidad “común” humana. Nuestra doctrina del arte de vivir social nunca debe cansarse de advertir a todo el mundo que guarde y santifique esta dignidad, en el nombre de la “imagen y semejanza de Dios” que hay que cuidar en el ser humano.

La irresponsabilidad de los nihilistas es grande cuando afirman que hay que aceptar esta situación como típica situación sin salida. Pues aquí no se trata de un oscilar vago y desesperado entre un someterse a lo inevitable, apática y fatalísticamente, por una parte, y tendencia históricamente aumentada de pánico, por otra parte, sino de la movilización positiva de todas las fuerzas comunitarias *humanas* de la auto-conservación. Ambiciosa locura humana —aunque se halle camuflada detrás del afán insaciable de investigación nuclear—, nunca debe avanzar hasta el límite de la destrucción sin esperanza de todo lo humano, para cuya salvación, en definitiva, es destinada *a limine*. De otro modo la vida humana misma va a perder su *sentido* propio, en división y ofuscación dialéctica. Por eso ya es tiempo, ya que el peligro es inminente, que todos los experimentos de división y fusión atómicos solamente sirvan para fines *pacíficos* de construcción, para cuyo fomento eficaz en servicio de un desarrollo progresivo de la humanidad y de la cultura todavía hay que producir inagotables energías de investigación y materias.

Toda la técnica moderna occidental, en su base, es una técnica “con muletas”, que todavía debe acreditarse a la larga; pero solamente puede salir airosa de esta prueba de valor si nunca, esté en guerra o en paz, deja de librarse de esas muletas civilizadoras, adaptadas artificialmente, y procura cada vez más hacerse independiente. Eso, naturalmente, no puede salir bien sin pruebas de andar, siempre repetidas, que sobre todo deberían tender a la satisfacción mejor posible de los fines de vida *comunes*

de los hombres actuales. Los esfuerzos que hay que hacer no deben tender tanto a la orientación *económica*, es decir, a la que se orienta especialmente a la obtención de beneficios, la cual tiene menos importancia, sino a la orientación verdaderamente *social*, porque sólo ésta es decisiva para el bienestar de la comunidad. Pues todos los progresos técnicos deberían ponerse a la disposición de todas las capas sociales. Solamente los posibles alivios de la vida y los beneficios que sirven a la *comunidad* y no sólo a *individuos* pueden durar mucho tiempo. Sin embargo, con eso aún no se garantiza ninguna elevación general de la seguridad social. Es verdad que el sentido verdadero de todos los esfuerzos técnicos es quitarle al hombre más y más los graves pesos y preocupaciones que provienen de la transformación y tributación de las fuerzas naturales. El ahorro de gastos, tiempo, trabajo, capital, etcétera, naturalmente incluye también la disminución conveniente de los factores de inseguridad que amenazan la estructura económica y social. En este respecto, por cierto, la técnica tiene que contribuir también a consolidar la *seguridad* de nuestra vida.

La cuestión es solamente, si, hasta ahora, ha cumplido o no realmente esta tarea que debe llevar a cabo. ¡Hay motivos suficientes para dudar que sea así! En realidad, la técnica moderna de nuestros tiempos ha aumentado más y más la inseguridad de toda la vida y hasta se ha vuelto contra sí misma, siguiendo así, en cierto modo, una ley interior dialéctica. Esto se manifiesta drásticamente, especialmente, en todas las emergencias sociales, subversiones, revoluciones y guerras. Entonces, todo el poder técnico, en vez de aportar ayuda en el apuro, prepara el camino para el caos o hasta para la ruina. No se objete que aquí sólo se trata de situaciones excepcionales donde la técnica eventualmente no funciona, pues si, en momentos decisivos, más aumenta que remedia el mal existente, hay que decir que luego ha perdido su sentido verdadero, que siempre ha de orientarse al bien de la comunidad. Pero además, independientemente de tales situaciones sociales extremas, la técnica será tanto más fatal para el hombre cuanto menos sirve a las reales necesidades humanas de la comunidad, sino solamente a su más ventajoso funcionamiento propio, es decir, a sí misma, sometiéndose esquemáticamente al automatismo de leyes económicas “férreas” y materialmente ventajosas. Toda la técnica que se contenta con explotar o hasta con su explotado, en vez de servir debidamente al bien de la comunidad y al mejor desarrollo posible de la vida social, ha perdido su verdadero fin. Tarde o temprano debe de contar con perder más y más su independencia cultural y con eso su verdadera capacidad de funcionar

y hasta su derecho a existir. Pues así mina el propio fundamento vital, del que ha surgido. Por eso, una buena predisposición *social* de todas las personas técnicamente orientadas, así como una “justa” comprensión de la técnica, de todas las personas que piensan socialmente, constituyen uno de los presupuestos inevitables de un auténtico *arte* de vivir social que siempre se desarrollan polarmente y al mismo tiempo se completan mutuamente. Solamente de esa forma la técnica puede convertirse de un instrumento de civilización solamente económico en un verdadero bien cultural de todos los hombres.

Pero los apóstoles modernos de naturaleza y primitividad, que niegan toda la aspiración al progreso técnico, objetan que toda entrega y orientación “social” de la técnica, al fin lleva a su simultáneo languidecimiento e ineficacia, como la opuesta tendencia antisocial llevaba a un predominio o monarquía unilateral de la técnica (“tecnocracia”), como anteriormente se mencionó. Pues el aumento constante de sus actividades funcionales “sociales”, evidentemente, tendía por consecuencia a que la técnica quitará más y más trabajo al hombre, hasta que, finalmente, continuado consecuente de este proceso, no le dejará nada o solamente muy poco que hacer. Es verdad que prácticamente nunca llegará hasta ese extremo. Pero las exigencias repetidas, hoy en día, de reducción radical del tiempo máximo de trabajo a pocas horas por día (como en Australia, Nueva Zelanda, etc.) señalan esta dirección con mucha claridad. Así, la cuestión decisiva sigue siendo: ¿Qué hará el hombre acostumbrado al trabajo con su “tiempo libre”, que será cada vez mayor? ¿No sirve la técnica para apartar al hombre más y más del trabajo? Y siendo así, ¿no es víctima de una fatal ilusión de un bienestar aparentemente mejor? Porque la vida sin trabajo, evidentemente, perdería todo su sentido y contenido. Esa orientación temible, que sin duda alguna sólo puede prevenirse poniendo la fuerza ahorrada gracias a la técnica al servicio de una relación comunitaria “justa” de la fuerza vital del individuo³ así como del conjunto social. El hombre, aun en su llamado tiempo “libre”, no solamente debe vivir para sí mismo, es decir, por ejemplo, solamente para su fantasía o imaginación, corriendo tras un sueño ideal de la vida, que no se puede realizar, sino debe tener en cuenta, tanto como técnico y como hombre, en cada situación dudosa de la relación del “yo” y del mundo circundante, lo “predominantemente humano” como criterio de lo verdaderamente social, porque esto lo tienen en *común* las más diversas situaciones vitales. Pues solamente debido a esta *calidad humana* la técnica debe servirle, como al contrario, él mismo solamente así puede

preservar su verdadera humanidad frente a toda aspiración a un progreso técnico o hasta en las tendencias de una tecnocracia exclusivista. Pero tal noble humanidad no puede ser materializada por distracciones de “horas de recreo” y holgazanería vana, sino sólo mediante las fuerzas creadoras del verdadero ocio y la concentración interior para la realización de un trabajo cultural consciente y responsable que deberá ser cultivado más y más por la mayoría de los hombres. Si el hombre procura hacer tributaria la naturaleza circundante por medio de la técnica, entonces hombre y naturaleza no constituyen oposiciones polares, sino dialécticas, pues que ambos igualmente luchan por un dominio absoluto. Por eso hay que transformarlos poco a poco a través de la decisiva relación del yo y del mundo circundante, antes de que puedan asumir un carácter polar “comunitario”, es decir, no obrando uno contra el otro, sino al mismo tiempo juntos y uno para el otro. Eso ya acontecerá desde luego, porque el hombre está obligado a luchar continuamente contra las dificultades y obstáculos que le plantea la vida. Lo cual exige que la “naturaleza-yo” y la “naturaleza-mundo circundante”, así como el “espíritu-yo” y el ‘espíritu-mundo’ circundante se midan continuamente. Pues el hombre no puede vivir solamente ni para la naturaleza —la propia o la que le rodea— ni para sus deseos —sus propios o los de otros—, sino siempre debe procurar encontrar una línea “media” común que una el yo y el mundo circundante. Pero esto requiere un *arte* extraordinario cuya obtención puede ser facilitada por el empleo de medios técnicos. Es el arte de reducir a común denominador de energía mejor posible toda experiencia, es decir, todo ser ligado a una situación, con toda realidad volitiva. En esto, como ya he mencionado, es importante el aprovechamiento de las energías libradas por la técnica en sentido *social* (común) para todos los participantes.

Eso no es demasiado fácil, porque tanto el punto de partida como el fin de todo pensar y obrar son muy distintos en los diferentes grupos de hombres (por ejemplo, en los grupos profesionales). Así, por ejemplo, el mundo de un médico o de un sacerdote difiere del de un corredor de bolsa. Los dos se basan en concepciones completamente distintas en su pensar y querer. Muchos de los tipos actuales vitales, todavía tan diferentes, no saben bien lo que quieren, es decir, lo deberían desear, aunque el alto *grado de desarrollo* ya alcanzado por la técnica podría realizar más y más fácilmente casi todos los deseos que surjan. A pesar de toda la abundancia aparente que ofrece la técnica, se puede observar una cierta vanidad e insulsa confusión, y una situación sin salida que

llega hasta el tedio, el asco y la repugnancia ante toda voluntad y capacidad de vivir; de forma que muchos hombres se desesperan de la vida porque ya no pueden comprender su verdadero contenido y sentido. Con eso hemos llegado a una nueva fase en el desarrollo de la humanidad en el que la cuestión ya no es realizar de la *mejor* forma posible los deseos e ideales existentes en la vida, sino, en general, desear las cosas “justas” y realizarlas “justamente”. Aquí tenemos que hacer la lamentable observación de que nuestra capacidad de desear así como de gozar ha disminuido considerablemente durante los últimos siglos, justamente como consecuencia del “progreso” técnico. El arte de despertar y satisfacer correctamente las necesidades se ha perdido más y más, como consecuencia de la liberación de energías favorecida por la técnica. A medida que se multiplicaban y refinaban los gozos que la economía y técnica podían suministrar, el hombre se mostraba más delicado e insatisfecho, y por eso le era cada vez más difícil poner el contenido (fin) y la forma vital en la relación óptima de medios, fines y comunidad.

En esta lucha del hombre con el mundo circundante, aliviada y perfeccionada por la técnica, los diferentes *tipos* vitales, como ya se ha dicho, adoptaron diferentes posiciones y actitudes. El asceta tiene otra actitud “evasiva” al egocéntrico, que corta por lo sano; el desinteresado se porta de otra forma que el malvado. También los tipos históricos se distinguen mucho en su actitud básica frente a la polaridad del yo y el mundo circundante, que contiene y forma toda la vida social. El encanto estético alimentado por las vivencias románticas sentimentales, soñadas de una “bella alma”, naturalmente tenía que crear otras concepciones y representaciones vitales que un fanatismo de explicación racionalista que, muchas veces, se reducía a un criticismo desmoralizador y pesimista, o incluso a un nihilismo. La vida elegante y generosa de un hombre de mundo (por ejemplo, el *fair play* de un verdadero *gentleman*) siempre será diferente de la rutina o astucia, por escrupulosa que sea, de un pedante meticoloso. Los dos procuran, de forma distinta, acomodarse en la vida y a su técnica. Uno prefiere esa técnica solamente para parecer un “buen jugador” y no para obtener siempre la victoria; el otro, en cambio, ve en su vecino solamente el competidor y adversario molesto, que debe ser dominado, porque no podría aguantar tener que ceder ante él o hasta perder por una vez. Solamente reunidos los dos tipos, como polos, se completan en el plano común superior de una unidad armónica. Pues en la vida no sólo importa el saber ganar, sino al mismo tiempo el saber perder. Aquí la técnica tiene el

papel importante de intermediar, conformándose e intensificando socialmente con sus "artes", es decir, con sus capacidades y funciones, las relaciones decisivas entre yo y mundo circundante cada vez más en el sentido de una humanidad y comunidad superiores.

Todos los progresos técnicos en sí tienen un carácter neutral (intermedios). Están situados *entre* los importantes polos y fuerzas vitales que dominan nuestra existencia. Sirven tanto al bien como al mal, que existe en el hombre y fuera de él. La misión del hombre es dirigir de la mejor forma posible, es decir, en el sentido comunitario, estas fuerzas movilizadas con la ayuda de la técnica y dominarlas, lo que no es posible sin una técnica y un arte de vivir apropiados. Solamente que aquí se presenta el gran peligro de que los medios ofrecidos por la técnica, por su fuerza de inercia, como fuerzas eficaces y tendencias propias, procuran hacerse independientes, de tal modo que las formas de vivir implantadas por la técnica empiezan a dominar el contenido de la vida. La legitimidad propia de las funciones técnicas y en general de los factores vitales exteriores, que de esta manera se manifiestan, ha sido favorecida especialmente por el hipermoderno desarrollo tecnocrático. La máquina extremadamente especializada ya no ayuda al hombre, sino el hombre proporciona existencia y desarrollo a ella. Así, el hombre se convierte en mero servidor de los aparatos, es decir, en mero funcionario.

Cada época tiene su propio estilo de vivir. También nuestra actual época técnica vive en un mundo de conceptos propios solamente a este estilo. Las actuales funciones técnicas difieren fundamentalmente de aquellas de otras épocas técnicas anteriores, de unas más primitivas formas de vivir. La satisfacción en lo posible total de las necesidades vitales más elementales, que en estos últimos todavía predominaban, exigía la búsqueda de totales y radicales medios (y específicos). El medio en cuestión se acomodaba principalmente al último fin, al que se subordinaba y hasta sacrificaba sin reparo alguno. Solamente después, cuando las necesidades vitales fueron ampliadas por sí con el mayor "progreso" civilizador y cultural, fueron creados también medios de satisfacción más detallados y refinados. La excesiva técnica mecanizadora "moderna" contribuía ya más y más a reducir las necesidades básicas instintivas e impulsivas del hombre (especialmente la propagación y alimentación) que, al principio, aún poseían una medida "justa". Esta tendencia, hoy día, se destaca claramente comparando los territorios técnicamente "desarrollados" de Europa Occidental y de Norteamérica con los territorios "retrasados" de Asia y África. Estos últimos

aún tienen inmensos excedentes de nacimientos y los seguirán teniendo, de tal modo que —según cálculos prudentes— la población entera del mundo, en los próximos veintiséis años, probablemente aumentará tanto (a tres y medio mil millones), como ha aumentado en total durante los últimos cien años; en contraste, en los países industrializados, no se puede esperar un incremento notable. Aquí se muestra la trascendencia del efecto frenador, civilizador y técnico, correspondiente a la ley de la población de Malthus, como, por otra parte, los componentes, sociales regulativos y compensadores, frecuentemente desconocidos, más aun la función social comunitaria que encierra la aspiración a un progreso técnico, son los que dan a esta aspiración su sentido propio y su contenido, y el sello predominante a todo el desarrollo humano. Así, la voluntad vital y la técnica vital, en la época moderna de la maquinaria, siempre se encuentran en un pleno “medio”.

Con eso ha acontecido un cambio básico en posición e importancia de la técnica dentro de la vida social. Como en tiempos anteriores el medio técnico buscado se acomodaba más al fin aspirado, hoy día los dos, medio y fin, deben ser acordados más armónica y orgánicamente entre sí, si todo “el progreso” técnico quiere cumplir aún elevada función. Mientras en las etapas primitivas del desarrollo todos los inventos técnicos se basaban más en la casualidad, hoy obedecen a un sistema. El placer de inventar y de explotar productivamente los inventos o los descubrimientos hechos predominan en el pensar y en el obrar técnico. El peligro de esto es que el medio en cuestión ya no imita el fin aspirado y procura apoderarse de él, como en la época pretécnica, sino que ahora, al contrario, el medio tiende a convertirse en fin en sí mismo y se pierde completamente en él. Por eso hay que tener cuidado de que no se invente a ciegas, o “a tontas y a locas”, sino que todo lo inventado se emplee “justamente” y sea incorporado orgánicamente en el proceso entero del desarrollo social. Eso requiere un elevado arte de vivir “que no debe agotarse” produciendo objetos de “artesanía”, por imponentes que sean. Con otras palabras, todo el arte *técnico* debe volverse más y más en parte integrante del arte de vivir *social*, ayudando al hombre no solamente en la lucha con el mundo circundante material, sino también asistiéndole en la lucha por lograr una orientación en el mundo de las *ideas* propias y ajenas. Toda necesidad exterior, así, no sólo se vence exteriormente, con meros medios técnicos y económicos, sino también es comprendida y explicada interiormente en su base y fin propiamente espiritual y *ánimico*, de auténtico ser hombre o de querer ser hombre.

Precisamente donde aparecen las fuerzas técnicas, todas las otras fuerzas, especialmente las espirituales y anímicas, son fácilmente desplazadas. La adoración de lo celestial, es decir, también de Dios, cada vez más es desplazada por una adoración de lo terrenal y material, es decir, del milagro técnico. Hoy día, ¿dónde hay más recogimiento y devoción, entre los espectadores creyentes, en la iglesia ante los altares o en el estadio de deportes ante la carrera de los motores que chirrían? La técnica para el hombre actual es una especie de sustitutivo de la religión. Pero este elemento demoniaco de la técnica, finalmente, no se basa solamente en el exceso de la misma aparatadura técnica, sino más en la manera demoniaca, es decir, mágica con que el hombre, digamos, su espíritu y su alma, se apoderan de las fuerzas creadoras de la naturaleza, por medio del creciente progreso técnico. La pregunta decisiva que debe ocuparnos aquí es: ¿Cómo podremos reducir a su medida “justa” esta influencia demoniaca de la técnica o más bien del *hombre* en el desarrollo ulterior de la técnica? Evidentemente no dejándonos guiar y dominar por el elemento demoniaco de los progresos científicos y técnicos, o sea, de lo material, ni por la fuerza demoniaca de lo espiritual-humano, sino tenemos que acordar armónicamente entre sí la materia y su conformación justa para lograr la consecución y consolidación perpetua de lo “preponderantemente humano” en nuestra vida entera. En otras palabras, tenemos que dedicarnos más al “arte” de desarrollar o de volver a establecer la *personalidad*, es decir, al “arte” elevado de poner otra vez al hombre como en el *centro* de todo lo material y espiritual, y con eso hacerle de nuevo el centro *ánimico* de todo ser y devenir.

Aquí, sobre todo, hay que vencer dos impedimentos dialécticos que se oponen a la realización de esta aspiración a una armonía predominantemente humana: por una parte, el aumento de la especialización, y por otra, la socialización de nuestra vida, especialmente bajo la forma de *bienes en masa* para las necesidades en masa del hombre impersonal *de las masas*, que cada vez aumentan más en número.

La aspiración a producción especializada y la satisfacción colectivista dentro de estos procesos dialécticos perturbadores se convierten más y más en puras formas abstractas y anónimas de vivir que minan toda la conciencia de personalidad independiente y de toda responsabilidad moral. Hay que tener en cuenta esto en todos los esfuerzos futuros de mecanización y técnica, pues todo progreso *técnico* sin el correspondiente progreso *social* que resguarde suficientemente la libertad personal es como un niño nacido muerto.

Aquí no se trata —para acentuarlo otra vez— del “ser”, la “existencia” del hombre en sí, no se trata del conflicto entre el hombre que “*funda*” el mundo y de su situación de “ser arrojado” en el mundo, que le lleva a la “nada”, y puesto en primer término por la filosofía de la existencia de Heidegger y Jaspers; sino sólo se trata del “ser hombre” que solamente había vivido anteriormente y que en el futuro debe vivir “justamente”, es decir, de la mejor manera posible. Pero para este hombre “justo”, en los puntos decisivos, no solamente valen reglas, principios y normas de conocimiento estrictamente *científicos*, sino también orientadas *humanamente*. Pues un tal científico debe conocer a fondo y orientarse respecto a ese mundo de continua disputa entre la existencia económica y el querer ser hombre. Esta relación polar decisiva tiene su mejor realización posible y efectiva en la vida, solamente por el empleo del “arte” de *poder ser hombre “justo”*.

Pero eso, en definitiva, no significa otra cosa que completar y perfeccionar polar y armónicamente métodos estrictamente *científicos* de la técnica de trabajo racional y predominantemente *objetiva*, con los métodos de un arte conformador de la vida social predominantemente *personal y humano*. Toda técnica es un puente entre los fenómenos *naturales y espirituales* de nuestra vida, gracias a la eficacia del pensamiento humano. Solamente se vuelve demoniaca, es decir, autócrata, y menos fácil de controlar espiritual y anímicamente, si se desarrolla solamente por sí misma —*l'art pour l'art*—, y así sólo produce técnica de la técnica y pierde o niega su propia función interna diaria y humanamente orientada. Todo progreso técnico comienza a perder su propio sentido por falta de un precipitado cultural, cuando secundariza o incluso destruye la autoconciencia y el autoconocimiento del hombre, en vez de cimentarlas y reanimarlas paralelamente. Por consiguiente, donde halla nuestra actitud tradicional, de cultura espiritual y social, no puede ir al compás de la continua transformación del desarrollo técnico o de los inventos e innovaciones técnicas, se forma un vacío espiritual y anímico que se debe rellenar orgánicamente cuanto antes. Eso no significa otra cosa que los esfuerzos por unir los extremos del abismo *dialéctico* incrustable que se abre cada vez más entre la legitimidad propia de la técnica unida a la naturaleza y la legitimidad propia del independiente espíritu humano, se convierte cada vez más en un “arte” especial que ya no se puede practicar solamente con procedimientos exactamente científicos. Más bien un tal auténtico “arte” de vivir social siempre requiere el empleo correcto y oportuno de lo “preponderantemente humano”, que es el único que puede intermediar entre el pro-

greso científico y técnico y la comprensión de las ciencias culturales y aprovechar el progreso cultural a ellos unido en sentido verdaderamente comunitario. Solamente ese "arte" logra convencer a los hombres de todas las clases, profesiones, posiciones e intereses del eminente contenido y sentido social de todas las formas técnicas de vivir, cada vez más perfeccionadas. El individuo tendrá parte en esas nuevas formas, en la medida que se vuelvan técnicas y vitales habituales, que no solamente le influyen exteriormente, como "hombres" sobre todo; las "nuevas" ideas espirituales que se anuncian en los inventos y progresos técnicos siempre necesitan un cierto tiempo de incubación antes de entrar en la nueva esfera social de eficacia, madurar allí, y eventualmente, transformarse adecuadamente, para fecundizarse luego y asumir la deseada función activa. En primer término, no se debe herir las tradiciones y costumbres antiguas en tales pretendidos intentos de infiltración. De lo contrario, podría surgir una oposición "enemiga". Por eso siempre debemos tener en cuenta que todos los intentos de propagar ideas reformistas, misionales, etc., contarán con reacciones amistosas, tanto como enemigas, en las clases sociales a que conciernen. Todo el arte social de vivir tiene que contar con eso y hacer esfuerzos para reducir a un común denominador de la acción intermediaria las dos partes de la reacción, la parte conservadora y la parte progresista. Pues solamente en virtud de ambas interferencias polares de actitud y bases de intercambio se llega al deseado principio de comprensión, voluntario y común. Y solamente así se puede pensar y realizar la "intermediación" efectiva de bienes espirituales. Sin embargo, la necesidad de reforma o hasta la oposición a los "nuevos" pensamientos no debe hacer retroceder la proyectada realización del programa de acción, pues son constitutivo natural de toda reforma. Solamente hay que quitar el carácter amenazador de lo aun extraño que se quiere introducir, para que se convierta en un bien admitido. Sobre todo, nunca se debe hacer cuestionable el sentimiento anterior de seguridad de los que siguen pensando ingenuamente. Pues las trivialidades tradicionales y probadas no quieren ceder el paso a lo nuevo todavía sin probar. Por eso aquí el *arte* de buscar una base *común* de entendimiento de las actitudes viejas y nuevas se vuelve una necesidad urgente.

La experiencia enseña que el camino más eficaz y práctico para la admisión voluntaria de lo nuevo es aquel que lleva al núcleo esencial vital, guardando las formas y "trabas" de lo viejo que está en el centro. En los siervos o primitivos, en la mayoría de los casos, es el camino que va de lo insignificante a lo esencial, del juego a lo serio. El arte

del “rodeo” correcto, así, se convierte en el ABC del éxito aspirado. La “falta” de “arte” que comete la mayoría consiste en hablar “sin rodeos”. Creo que en este respecto las formas de tratar y conversar de algunos pueblos menos cultivados, seguramente complicados y que torturan la paciencia de los europeos, a la larga, “prácticamente” tienen una orientación completamente correcta, y seguramente podrían ofrecernos indicios valiosos para un buen entendimiento de las situaciones y del mundo circundante.

De lo arriba mencionado resulta que un arte especial de vivir social es indispensable donde es difícil la trasmisión de *contenidos* decisivos de la vida del hombre al mundo circundante. Cuanto más “natural” es la vida, tanto menos necesitamos “arte de vivir” para vencerla; así menos la necesitamos en el seno de la familia o en culturas más primitivas, porque aquí lo común preponderantemente “humano” del yo y del mundo circundante existe más directamente y no se lo debe buscar por rodeos. En contraste, cuanto más “progresistas” son nuestras formas, opiniones y estilo de vivir, tanto más difícil será encontrar el contacto “justo” con el mundo circundante, es decir, se necesitará el empleo de un “arte” especial, para poder intervenir donde se puede sacar lo mejor posible para el yo y el mundo circundante.

Ahora surge la cuestión: ¿Se domina mejor ese arte de vivir procurando portarse lo más “naturalmente” posible? ¡De ninguna manera! Pues los hombres, entretanto, han olvidado la compasión y la interpretación “justa”, es decir, en el verdadero sentido común de lo “preponderantemente humano” estas formas “naturales” de reacción y comportamiento. Se han vuelto ya meros instrumentos funcionarios, robot; reaccionan frente a todo demasiado mecánica y uniformemente, y al mismo tiempo han perdido tanto su independencia, como verdadera personalidad, en todo su pensar y obrar que ya no son capaces sin molestias de emociones y sensaciones “naturales”.

Por eso sólo queda el reeducarlos por medio de nuestro arte de vivir social, en verdaderas personalidades que, por sobre toda la tecnocracia del “progreso”, saben conservar el sentido del pensar y sentir naturalmente humano, de su vida interior y del mundo circundante. Por eso hay que unir lo “artificial” y lo “natural” en un plano común de un sentido y de una comprensión “preponderantemente humano”. ¿Y dónde se halla ese plano “nuevo”? Evidentemente *encima* de la esfera natural primitiva y *bajo* la esfera artificial demasiado cultivada, es decir, *entre* las dos esferas polares, en un nivel que corresponde mejor a las concretas condiciones “comunes” del yo y del mundo circundante.

Puede ser que a algunos atletas del espíritu humano parezca seductor, como ya lo fue para Prometeo y Pitágoras, buscar un punto esférico desde donde los hombres puedan “arrancar al mundo de sus goznes”, más aún, literalmente “hacerlo explotar en el aire”, para abandonarse en una caótica nada que para ellos *todo* significa. Es posible, digo, que tales propósitos fantásticos parezcan a ciertos aventureros poseídos del espíritu de “investigación” más importantes que su equilibrio anímico *interior*. Puede ser que les atraiga hacer peregrinar sin rumbo y sin pausa al espíritu humano a través de las lejanías cósmicas en vez de incorporarlo en el mundo de la naturaleza orgánica y de la esfera vital *humana*, a fin de garantizar por lo menos en este estrecho campo *terrenal* una relación *armónica* entre las fuerzas naturales orgánicas y anorgánicas y las fuerzas del espíritu humano. Entiéndanme ustedes bien: la perturbación y el “pecado” del espíritu humano no reside en el mero hecho de dirigirse al mundo anorgánico (si dejamos de lado los numerosos sacrificios hechos en los experimentos de investigación del espacio interplanetario), sino en la falta de dirección y meta, en el frívolo abandono de los planes propiamente humanos del orgánico, del cual parte, del cual ha surgido primeramente y al que en primer lugar se halla ligado moralmente. La significación actual propiamente sociológica de la técnica moderna, en especial de la técnica de investigación atómica y cósmica, debe entonces buscarse en la exigencia de re-orientar todas sus tendencias de progreso mecánico hacia el plano vital verdaderamente *humano*. Es decir, dirigir el proceso actual en marcha de “más allá del hombre”, del movimiento que nos lleva *por encima y fuera* del humano, hacia un “volver hacia el hombre” y con ello al mismo tiempo un “volver hacia Dios”. Así se garantizaría la creación de instrumentos técnicos que permitirían la formación de un auténtico “arte de la vida” de los creyentes, especialmente de los cristianos, aplicable en el plano económico y social, y también en la esfera cósmica.

A menudo, a las fuerzas dirigentes en el terreno técnico y económico parece más fácil, y sobre todo más atractivo, aprovechar el progreso técnico para perderse en las lejanías aparentemente infinitas de los espacios cósmicos y en la “amplitud” semi o totalmente inconcebible, aunque “El bien se halla tan cerca” (Goethe), es decir, aunque sobre la tierra existan todavía suficientes hombres y pueblos que esperan ansiosamente una regulación justa y *digna* de su existencia e incluso hay muchos pueblos que sufren hambre y miserias espantosas. Me refiero al retraso de las regiones llamadas “*subdesarrolladas*” que existen en

nuestro globo terráqueo y que se hallan muy por detrás del desarrollo medio económico, técnico y social de las demás naciones del mundo.

En los países industrialmente desarrollados se ha planteado repetidamente la cuestión de por qué ha de ayudarse con créditos y encargos a los países retrasados, cuando que con ello lo único que se hace es alimentar a los que serán en el futuro nuestros propios competidores. Entretanto, sin embargo, se ha convertido en verdad elemental que el bienestar, el *standard* de vida y la ausencia de crisis en el terreno internacional entre los países superindustrializados, no se logra manteniendo a los estados (agrarios) "retrasados" en sus primitivas formas de producción. Pues todo progreso técnico necesita para poder realizarse materialmente un aumento de las posibilidades de colocación económica, tal como lo ofrecen en primer lugar aquellos países subdesarrollados que, por medio de la inversión del capital y máquinas, luchan por aumentar su poder de compra y por mejorar su *standard* de vida. Y aunque en ocasiones la competencia internacional se agudice sensiblemente, por ejemplo, ahora especialmente en la industria textil, debido a una tal asistencia de capital y técnica en el plano financiero, en el de la educación y de la instrucción, a la larga tales transformaciones estructurales son inevitables y sirven mediante el aumento del intercambio de bienes y hombres, en definitiva, a una elevación *general* del nivel de vida internacional. Lo cual crea también poderosas energías vitales que sirven al desarrollo cultural y *social* de toda la humanidad. En la "ayuda" suministrada a tales regiones subdesarrolladas hay que evitar que se apresure la velocidad de la industrialización y que se mecanice excesivamente el proceso de su *realización*. Si se quiere impedir en este terreno eventuales peligrosas tensiones sociales o incluso conflictos hay que resolver importantes cuestiones de una justa "selección" y "adecuación" social de las tradiciones de los países en desarrollo. Por eso no sin razón hablan algunos de una segunda revolución industrial que sustituya a nuestra actual época técnica. Sobre todo, hay que procurar aquí evitar las transformaciones sociales catastróficas y esforzarse por lograr un desarrollo total constantemente *armónico* de nuestra vida *terrenal*. Donde se realiza una industrialización apresurada chocan a menudo violentamente las diferentes culturas superiores con las culturas primitivas o semi-primitivas. Las diferentes épocas se encuentran de pronto, comienzan a cruzarse o a mezclarse la Antigüedad, la Edad Media y la Edad Moderna (compárese el caso de Sudamérica). ¿Logrará la técnica, sólo con su automatismo, superar la multiplicidad frecuentemente desconcertante de las estructuras sociales, económicas y ante todo

“ánimicas” y modelarlas “unitariamente” en un crisol, en el sentido exigido por una verdadera economía mundial y al mismo tiempo por una cultura universal? ¿Es que no se perderá bajo el peso de tales aspiraciones de uniformidad universal la verdadera naturaleza humana que es la que da contenido y justifica en definitiva toda “aspiración universalista”? Donde se produce una competencia en la dirección de la vida entre lo ya-no-humano de las fuerzas de los países industrializados, decadentes e incluso agonizantes y las fuerzas todavía humanas, no gastadas y ambiciosas de los países en desarrollo, se pone en movimiento una transformación y reordenación de la actual imagen ideal del hombre que nosotros apenas podemos reconocer, porque nos hallamos en un período de transición. Por ahora sólo sabemos de esta nueva concepción ideal del mundo humano, que ella tiene que acreditarse en la actual crisis del mundo, condicionada por el espontáneo levantamiento de los países en desarrollo, como motivo fundamental y como norma orientadora principal sostenedora de todo pensar y obrar social del futuro, es decir, de todo pensar y obrar orientado en definitiva hacia los valores humanos, en el sentido de un verdadero arte social de la vida.

Sobre todo, hemos de tener en cuenta que en todos los procesos de transformación de carácter técnico y económico que se producen en los países en desarrollo, lo peculiar y tradicional —también en el campo racial y religioso— no cederá sin dificultades sus posiciones a lo “moderno”, a lo revolucionario y presuntamente “mejor”, “adecuándose” y sometándose incondicionalmente a él. ¡Jamás! Los “factores tradicionales acreditados” y lo “nuevo”, lo extranjero deben por el contrario adecuarse mutuamente, tanto en el decisivo instante de los comienzos como también en cada una de las metas perseguidas. Más aún, frecuentemente han de medir las diferencias existentes, a fin de poder subsistir conjuntamente. Los africanos, por ejemplo, se hallan poseídos por el ritmo del culto de sus danzas. Sólo en él se encuentran de nuevo como “hombres”, de tal modo que este culto a la danza contagia las diferentes esferas de su vida y de su cultura, dominándolas incluso, ya sea en las manifestaciones de su vida de trabajo, para nosotros “primitiva”, ya de los productos escultóricos y pictóricos simbólicos y místicos o de otras expresiones culturales. Si se quiere adecuar este tipo humano, por ello, a las exigencias de la moderna “civilización” tecnocrática, no ha de pretenderse transformar su carácter fundamental racial y anímico o “igualar” esquemáticamente sus diferentes elementos, o aún más, pretender suprimir y eliminar radicalmente sus ritos, costumbres y usos,

si ellos no se hallan en contradicción con el postulado general de la "humanidad".

En todos los países en desarrollo jamás se adopta o se "copia" simplemente de una manera mecánica o automática lo que los vanguardistas ensalzan como cosa moderna, sino que lo transforman por sí mismos, espontáneamente, en el sentido exigido por el potencial cultural *peculiar* tradicional y por las concepciones anímicas y espirituales. De otro modo puede producirse un desdoblamiento patológico de la conciencia y con ello una represión en la disposición y en la actividad vital, que puede oponerse a todo proceso de desarrollo. En efecto, toda transformación de esta especie exige tiempo y comprensión suficientes y además la capacidad de penetrar intuitivamente hasta el fondo de la mentalidad de los que han de ser re-educados. Ha de procurarse ante todo, en esta tarea, lograr que los valores tradicionales irracionales convertidos en estructuras culturales con las modernas tendencias "progresistas" *racionales* de las normas de la civilización técnica formen un común denominador superior y adecuado a las exigencias vitales y al mismo tiempo a las exigencias de una vitalidad más plena. En efecto, la nueva estructura cultural, recién alumbrada y cerrada en sí misma, a pesar de toda la dinámica progresista tomada de "fuera", en definitiva descansará sólo en sí misma. En este sentido social superior, puede también hablarse de la meta cultural general "progresiva", de una auto-suficiencia en la cultura y en la vida social.

Ante todo, no hemos de olvidar en todas las manifestaciones y leyes de la transformación social que todo desarrollo, por "progresista" que sea, tiene siempre una doble faz y un doble sentido, es decir, que su núcleo esencial más profundo tiene una estructura *polar*. Pues como ya lo hemos constatado al principio, toda cultura industrial creadora, a pesar de toda la seguridad, normatividad y estabilidad que nos aporta, lleva consigo misma también un principio de *inseguridad* y de *inestabilidad*. Pero este factor de inseguridad restante es el precio ineludible que hemos de pagar por la salvaguarda constante de nuestro sistema colectivo, económico y social "libre" y debe ser considerado por ello como una prenda cuasi "natural" de nuestra aspiración constante de un orden auténticamente independiente y libre. Todas las seguridades posibles no pueden ayudarnos a recuperar nuestra libertad, así como tampoco la libertad puede garantizar en mayor medida una seguridad ya suficiente. Lo mismo vale también para lo contrario: sólo la inseguridad no permite lograr una sensibilidad frente a la libertad, suficientemente grande y genuinamente espiritual, de la misma manera como

tampoco la falta de libertad —por ejemplo, en una situación coactivamente impuesta por los de “arriba” o por los de “abajo”— no puede equipararse sin más con la seguridad social. Sólo cuando la seguridad y la libertad fructifiquen en el suelo *común* de una verdadera “*humanidad*”, pueden brindar frutos duraderos tanto para el individuo como para el todo social. Por ello es menester que ayudemos a los pueblos subdesarrollados no sólo militar, técnica y económicamente, sino también es menester brindarles asistencia *humana* para que puedan ser incorporados como entidades genuinamente *humanas* en un intercambio cultural democrático, de carácter intenso y creador, como extenso y comprensivo. De tal modo que no se formen masas humanas esquematizadas, sino auténticas personalidades en el seno de una gran familia comunitaria de pueblos unidos entre sí, no solamente de una manera puramente técnica y exterior, sino también interior y espiritual. En último término, también aquí decide sobre el éxito de tales esfuerzos internacionales el arte de poder comprender de una manera justa y perfecta y de ayudar a la conformación de la vida, no solamente propia, sino también la de sus conciudadanos y la de los pueblos con los cuales se convive. El genuino arte de la *vida social* triunfará siempre sobre todos los cuidadosos preparativos del *arte de la guerra*.